

ENTREVISTA ► JESÚS LAÍN Z ENSAYISTA

«Los nacionalistas están aplicando lo mismo que achacan a Franco»

El ensayista Jesús Laínz no para. Su último libro, de gran repercusión mediática, *Desde Santurce a Bizancio*, desgrana la utilización que del lenguaje hacen los nacionalismos para imponer el pensamiento único y el totalitarismo.

ÁLEX HOLGADO

En la dedicatoria, Laínz agradece las aportaciones de decenas de colaboradores, algunos sabadellenses, por lo que lamenta no haber podido presentar el libro en nuestra ciudad —«me han dicho que por motivos de seguridad»—, después de haberlo hecho en Madrid, Bilbao, Vigo o Barcelona.

Usted critica que se use la lengua como seña de identidad de un país.

Cuando empezó a fraguarse el nacionalismo catalán, hace cien años, se hablaba de la raza catalana y se afirmaba que la raza catalana encarnaba unas virtudes físicas, intelectuales y morales que no poseía la castellana. Eso confería la nacionalidad. Después el gran hecho diferencial se cifró en la lengua.

Si no hablo catalán, no soy independentista y no celebro las victorias del Barça, ¿no soy buen catalán?

Ya no se apela al concepto romántico de un pueblo milenarista, sino que es como entrar en un club selecto. Por eso también se traducen los apellidos. El que no hace estas cosas queda marginado. Los totalitarismos utilizan cualquier estrategia y herramienta para 'hacer país'.

El principal objetivo de esta política es ideologizar a las nuevas generaciones.

Los niños de 1984, la novela de Orwell, iban todos uniformados, marcaban el paso, gritaban los mismos lemas, odiaban a los mismos enemigos, todos por supuesto exteriores, y adoraban al Gran Hermano y su ideología, que les imponía no solo cómo tenían que pensar, sino cómo tenían que sentir. Y ahí el fútbol juega un papel clave.



D.S.

Jesús Laínz Fernández (Santander, 1965), abogado y empresario, autor de *Desde Santurce a Bizancio* (Ed. Encuentro), pero también de *Adiós, España* o *La nación falsificada*, es un torrente de datos que se encauzan en una argumentación inapelable. «Yo no soy enemigo

de Cataluña, en todo caso del nacionalismo catalán», replica y manifiesta su querencia a una parte de España en la que dice tener también arte y parte sin tener que pedir permiso ni apelar a su tatarabuelo de Llívia. «Es tan mía como de los catalanes», sentencia.

Lengua propia, cohesión social y construcción nacional riman con una unidad de destino en lo universal.

En efecto. Y habría que decir que las lenguas propias no existen. No es verdad que la lengua catalana sea la lengua propia de Cataluña. Los territorios no tienen lenguas, no hablan, sino que son sus habitantes los que utilizan una lengua u otra. Y aquí el 63 por ciento tiene el castellano como lengua materna.

Dicen que se impuso durante el franquismo.

¡Pero si se habla desde el siglo XV! ¿Cómo no va a ser tan propia de los catalanes como el catalán?

Hay que compensar entonces la persecución del catalán.

Salvo los primeros años tras la guerra, no estaba prohibido. En los años 50 y 60, se editaron miles de revistas en catalán, como *Dau al set*, *Serra d'Or*, *Germinabit*, *Canigó*, *Orifloma*, *Àncora*, *Presència*, *Cavall Fort* o *Tele-Estel*, y se crearon concursos literarios como el *Joanot Martorell* (1947), *Óssa Menor* (1950), *Faràndula* (1951), *Víctor Català* (1953), *Aedos* (1953), *Sant Jordi* (1961), *Lletra d'Or* (1956), *Ausiàs Marc* (1959) o el *Premi d'Honor de les Lletres Catalanes* (1969).

¿Por qué no puedo escribir Gerona, Lérida o Cataluña, con eñe, y en catalán sí vale Sara-

gossa, Còrdova o Espanya?

España es el único país del mundo en cuya lengua oficial están prohibidos los exónimos. Por esa misma regla de tres, deberíamos decir *London* y no *Londres*. ¡A ningún inglés se le ha ocurrido imponer a los demás el topónimo en su lengua original! Aquí se hace del uso de la lengua una liturgia.

¿Cómo nos empobrece el estar fijándonos en qué idioma digo algo y no qué estoy diciendo?

Es una visión microscópica que reduce el pensamiento al aldeanismo.

¿Es el nacionalismo una nueva fe?

Cuando muere Dios, se bus-

can sustitutivos aglutinantes, y la patria es el más fuerte.

Está por encima de todo.

En los años veinte, se publicaban decálogos en los que se dice a la mujer catalana que no se case con castellanos. Y ahora se brama contra los Mossos d'Esquadra por haberse manifestado en castellano, denunciando quintacolumnistas, con lo que se está reconociendo que no se trata de una policía al servicio de toda la ciudadanía, sino al de una causa, la nacionalista.

¿No deberíamos reaccionar los catalanes no nacionalistas?

El sistema ha inducido un complejo a quien no sigue la ortodoxia de que vive aquí de prestado. Y si denuncia la situación se le descalifica con el sambenito de anticatalán.

En TV3 España se vincula con el franquismo, la imposición y hasta la incultura.

No estamos hablando de un discurso racional, sino visceral, articulado a partir de falacias indefendibles desde el punto de vista histórico o cultural que niegan la realidad de España.

Y no se habla de la injusticia de la inmersión, de la autocensura en prensa, la coacción o

DS

«Cataluña no tiene lengua propia: los territorios no hablan»

la delación que se alienta con las multas lingüísticas.

De tal manera se ha logrado identificar a España con la opresión que todo lo que tenga que ver con ella, ya sea la lengua, la historia o los tribunales, se ve fascista. Y al contrario: todo lo del nacionalismo, aunque conculque derechos fundamentales, es bueno. Clamar por la igualdad de derechos es *facha*. Fascinante.

El nacionalista insiste en los derechos de los pueblos y luego incumple las sentencias de los tribunales.

Es muy interesante que lo mismo que achacan al franquismo lo estén aplicando ellos ahora. Cuando Trias Fargas explicó en el Parlamento, en 1978, las razones para incluir el catalán en la escuela, aportó las convenciones de los derechos de los niños y de la UNESCO que defienden el aprendizaje en la lengua materna como mejor manera de acceder al conocimiento. Y proponía la libre elección de lengua, lo más razonable.

No era razón, era trampa ■

Del campeón del concurso de 'tortilla estatal' a los nombres medievales

En el diccionario, 'estatal' es el adjetivo referido al Estado, término que designa la administración de un país. En los medios nacionalistas, sin embargo, se utilizan ambas palabras de manera incorrecta para evitar decir 'español' o 'nacional' y 'España'. «Se trata —afirma Laínz— de un

ejemplo más de la neurosis nacionalista y se habla de la 'miss estatal' o la 'selección estatal de fútbol' y así se llega al esperpento de un bar de Bilbao que ganó el concurso nacional de tortilla de patatas o española y se anunció como ganador del certamen de 'tortilla estatal'. Otro fenómeno muy extendido es el

referido a la onomástica impulsada por las series de TV3. «Al elegir el nombre de un hijo, se opta por Biel en lugar de Gabriel, Jan o Jana por Joan o Joana, Ona por Anna, Pol por Pau... Ahí subyace el afán por diferenciarse del castellano, por obtener una contraseña nacional», apunta.